

# Don Ramón Carande, humanista

Don Ramón Carande como intelectual se hizo acreedor a un conjunto de títulos ciertamente excepcional. Nadie le ha regateado que fue economista, historiador, literato, hacendista, investigador y maestro de historiadores. Como hombre se ha escrito de él que fue bondadoso, vital, tenaz, liberal incansable e irreductible, amante de la lectura —que no es poco—, «nada menos que todo un hombre» (J. Caro Baroja) y, sobre todo, entrañable según desde su niñez anunciaba (v. *Recuerdos de mi infancia*, Madrid, 1987, 172 págs.) Y si estas calidades se dan en un hombre repleto de humanidad para todos, prefiero resaltar en don Ramón Carande su condición de humanista, como ya lo hizo Francisco Correal, pues fue más que economista, historiador y hacendista, y tanto como maestro en el saber y en el buen hacer.

Razonado el título de esta pobre colaboración, unas líneas más para explicar lo que tiene difícil explicación; a saber, que quien la elabora y firma tenga la honrosa oportunidad de participar a título personal en el volumen que *Cuadernos Hispanoamericanos* prepara en homenaje a la obra de don Ramón Carande y Thovar, nada más y nada menos.

Confieso —y de ello me avergonzaré siempre— que comencé a saber del maestro Carande de cuando leí y releí la tesis doctoral de Juan Velarde: *Flores de Lemus ante la economía española*, defendida en 1959 y publicada en 1961. Ella me llevó a reparar en un artículo suyo (*Moneda y Crédito*, núm. 14/1945, págs. 22-30), que años después volví a consultar (*Hacienda Pública Española*, núm. 11/1971, págs. 21 y sigs., dedicado a Luis López Ballesteros —reseña de la obra de Natalio Rivas Santiago, 1945) y en el que había acotado el siguiente párrafo: «Alguien que desde 1904 a 1936 hilaba sin cesar en una oficina interior del segundo piso del Ministerio,<sup>1</sup> la mayor parte de las horas de vigilia de aquellos treinta y dos años,<sup>2</sup> y conoció, muy de cerca, la gestión de unos treinta ministros y otros tantos subsecretarios y de bastantes directores generales de Rentas, no se cansaba de repetir que administraron con probidad casi todos, y los más de ellos, además, no eran ricos». Aludía —hoy sobra la indicación— a don Antonio Flores de Lemus, que don Ramón, en 1957, incluyó en sus siete «acreedores preferentes», según más adelante anotaré.

Asimismo, acudí a la *Historia Económica de España* del profesor Vicens Vives (Barcelona, 1959), y capté la importancia y la trascendencia de las aportaciones de don Ra-

<sup>1</sup> El día 15-3-1982 y en dicha «oficina interior» se colocó una modestísima placa que recordaba la presencia de don Antonio Flores de Lemus durante tantos años al servicio de la Hacienda pública española. Presidieron el acto don Ramón y el profesor García Añoveros, a la sazón ministro de Hacienda. Dicho día me dedicó en términos inmerecidos su Galería de raros (Madrid, 1982, 376 págs.), firmando «Regino», pues el título completo de esta obra, como todos saben, es: Galería de raros atribuidos a Regino Escaro de Nogal.

<sup>2</sup> Como nos advierte Bernardo V. Carande en su bellísima introducción a *Recuerdos de mi infancia*, ob. cit., gustaba don Ramón de escribir las magnitudes con letras, no con números.

món Carande. El prólogo de don Luis de Urquijo, marqués de Bolarque, a la obra *Homenaje a Don Ramón Carande* (dos volúmenes, Madrid, 1963), ya me dio los «datos externos de la personalidad de don Ramón Carande» y algunos, muy significativos, de sus rasgos humanos. Su «lección de despedida» (17-5-1957) en el acto de solemne conmemoración de su jubilación como catedrático de la universidad española, citada por el profesor Velarde y publicada en *Moneda y Crédito* (núm. 61/1957), me había dado parte de su perfil y, sobre todo, de su reconocimiento a quienes no duda en llamar «grandes maestros»<sup>3</sup>. Anoté entonces las siguientes frases: «Tuve la fortuna de que me distinguiese, y a su lado (el del profesor Flores de Lemus) aprendí a trabajar. De sus mercedes, (...), le agradezco, sobre todo, el amor al trabajo que me infundió, el culto a los codos clavados en la mesa, auténtico patrocinio de nuestro gremio, actitud fecunda para quienes la adoptan *sine ira et studio*, fuente de inspiración preservadora del aburrimiento, epidemia de los señoritos. (...) Doy gracias a Dios de poder divertirme trabajando, y se las doy a don Antonio Flores de Lemus por haberme contagiado la curiosidad inquisitiva que aún me tienta, a los setenta años, cual un vicio».

En aquel acto académico pronunció unas palabras el decano de la Facultad de Derecho, profesor Alfonso de Cossío Corral, poco conocidas o, al menos, poco aireadas, por lo que no me resisto a reproducir algunos —dos— de sus párrafos, por lo que dicen, por lo que echan en falta y por lo invariable de su mensaje: «Y no podía ser de otro modo —dijo el profesor de Derecho Civil—, ya que al fin y al cabo de ellos lo aprendimos, al escuchar diariamente en estos claustros su lección, que nos llevó a sentir la Universidad como una obra activa y nunca terminada que exige de nosotros la ofrenda permanente de nuestro espíritu abierto, que no admite otras ligaduras que las que nos impone la verdad». Seguidamente expuso el desaparecido profesor Cossío: «Dentro de este ambiente se ha desenvuelto la vida ejemplar de don Ramón Carande, al servicio de una honda vocación casi obsesiva, que le ha llevado al logro de la obra plena, modelo de honestidad científica, rigurosa y exigente en sus métodos, ponderada en sus conclusiones, libre de la frivolidad del ensayo, profunda en su concepción. Nos encontramos —añadió el decano de la Facultad de Derecho hispalense— no sólo ante la realidad feliz de un gran maestro de la Economía, cuyo prestigio ha excedido las fronteras, en pleno dominio de sus facultades creadoras, que dejará una huella imborrable en todas las materias que han sido objeto de su particular estudio, sino, además, ante el asombroso ejemplar humano del amigo entrañable, a veces huidizo y extraño, con sus pasos rápidos, su bastón y su pipa, con su estampa de castellano viejo,<sup>4</sup> malhumorado en los difíciles momentos de ruptura de su mundo íntimo, aunque siempre sincero y dispuesto al entusiasmo en el juego de su sonrisa casi infantil, en agudo contraste con la gala de su decir irónico». Cabrá decir más, desde luego, en elogio de don Ramón Carande, sea economista o sea jurista quien lo suscriba, pero será difícil expresar mejor en menos

<sup>3</sup> Con seis estudios más, se reprodujo la referida «lección de despedida» en *Siete estudios de Historia de España, Barcelona, 1969, págs. 201-229, con el título: «Mis acreedores preferentes».*

<sup>4</sup> *Había nacido en Palencia (4-5-1887) y a los seis o siete años —según él mismo cuenta— fue a vivir a Carrión de los Condes. En octubre de 1897 inició en Reinosa los estudios de bachillerato. Don Ramón gustaba llamarse «viejo palentino-sevillano».*